

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: El manto de la inmortalidad (20/22)

Y ahora llegamos a un punto de inflexión en la carrera de Santa Claus, y es mi deber relatar lo más notable que ha sucedido desde que el mundo comenzó o la humanidad fue creada.

Hemos seguido la vida de Santa Claus desde que la ninfa del bosque Necile lo encontró indefenso y lo crio hasta la edad adulta en el gran bosque de Burzee. Y sabemos cómo empezó a fabricar juguetes para niños y cómo, con la ayuda y la buena voluntad de los inmortales, pudo distribuirlos entre los más pequeños de todo el mundo. Durante muchos años llevó a cabo esta noble labor, pues la vida sencilla y laboriosa que llevaba le proporcionaba una salud y una fuerza perfectas. Y sin duda un hombre puede vivir más tiempo en el hermoso Valle de la Risa, donde no hay preocupaciones y todo es paz y alegría, que en cualquier otra parte del mundo.

Pero cuando pasaron muchos años, Santa Claus envejeció. La larga barba castaña dorada que antes le cubría las mejillas y la barbilla se fue volviendo gris y, finalmente, blanca. Su pelo también era blanco y tenía arrugas en las comisuras de los ojos, que se veían claramente cuando se reía. Nunca había sido un hombre

muy alto, y ahora estaba gordo y caminaba como un pato. Pero, a pesar de todo, seguía tan vivaz como siempre, tan alegre y jovial, y sus ojos brillaban con la misma intensidad que el primer día que llegó al Valle de la Risa.

Sin embargo, es seguro que llegará un momento en que todos los mortales que han envejecido y vivido su vida tendrán que dejar este mundo para ir a otro, por lo que no es de extrañar que, después de que Santa Claus condujera sus renos en muchas y muchas vísperas de Navidad, aquellos amigos incondicionales susurraran finalmente entre ellos que probablemente habían tirado de su trineo por última vez.

Entonces todo el bosque de Burzee se entristeció y todo el Valle de la Risa enmudeció; pues todo ser viviente que había conocido a Claus solía amarlo y alegrarse al oír sus pasos o las notas de su alegre silbido.

Sin duda, las fuerzas del anciano se agotaron al fin, pues ya no hizo más juguetes, sino que se tumbó en la cama como en un sueño.

La Ninfa Necile, que lo había criado y había sido su madre adoptiva, seguía siendo joven, fuerte y hermosa, y le parecía que había transcurrido poco tiempo desde que aquel hombre anciano y de barba gris yaciera en



sus brazos y le sonriera con sus inocentes labios de bebé.

En esto se muestra la diferencia entre mortales e inmortales.

Fue una suerte que el gran Ak llegara al Bosque en ese momento. Necile lo buscó con ojos preocupados y le habló del destino que amenazaba a su amigo Claus. Al instante, el Maestro se puso serio, se apoyó en su hacha y se acarició la barba canosa pensativo durante muchos minutos. Luego, de repente, se irguió, levantó su poderosa cabeza con firme decisión y extendió su gran brazo derecho como si estuviera decidido a llevar a cabo alguna poderosa hazaña. Se le había ocurrido una idea tan grandiosa que todo el mundo debería inclinarse ante el Maestro de los Bosques y honrar su nombre para siempre.

Es bien sabido que cuando el gran Ak se compromete a hacer algo, no vacila ni un instante. Llamó a sus mensajeros más rápidos y los envió en un instante a muchas partes de la tierra. Y cuando se fueron, se volvió hacia la ansiosa Necile y la consoló diciendo: —Ten buen corazón, hija mía; nuestro amigo aún vive. Y ahora corre a ver a tu Reina y dile que he convocado un consejo de todos los inmortales del mundo para que se reúnan aquí en Burzee esta noche. Si obedecen y escuchan mis palabras, Claus conducirá sus renos durante incontables eras por venir.

A medianoche se produjo una escena maravillosa en el antiguo Bosque de Burzee, donde por primera vez en

muchos siglos se reunieron los gobernantes de los inmortales que habitan la tierra.

Allí estaba la Reina de los Espíritus del Agua, cuya hermosa figura era tan clara como el cristal, pero goteaba continuamente agua sobre el banco de musgo donde estaba sentada. Y a su lado estaba el Rey de los Duendes del Sueño, que llevaba una varita de cuyo extremo caía un fino polvo alrededor, de modo que ningún mortal podía mantenerse despierto el tiempo suficiente para verlo, ya que los ojos mortales se cerraban de sueño tan pronto como el polvo los llenaba. Y junto a él se sentaba el Rey de los Gnomos, cuyo pueblo habita toda esa región bajo la superficie de la tierra, donde guardan los metales preciosos y las piedras preciosas que yacen enterradas en rocas y minerales. A su derecha estaba el Rey de los Duendes del Sonido, que tenía alas en los pies, pues su pueblo es veloz para transportar todos los sonidos que se hacen. Cuando están ocupados, transportan los sonidos a distancias cortas, pues son muchos; pero a veces se apresuran con los sonidos a lugares a kilómetros y kilómetros de distancia de donde se producen. El Rey de los Duendes del Sonido tenía un rostro preocupado y ansioso, porque la mayoría de la gente no tiene ninguna consideración por sus Duendes y, especialmente los niños y las niñas, hacen muchos sonidos innecesarios que los Duendes se ven obligados a transportar cuando podrían estar mejor empleados.

El siguiente en el círculo de los inmortales era el Rey de los Demonios del Viento, de complexión delgada, inquieto

e intranquilo por estar confinado en un lugar, aunque sólo fuera una hora. De vez en cuando abandonaba su lugar y daba vueltas por el claro, y cada vez que lo hacía la Reina de las Hadas se veía obligada a desenredar los mechones de su cabello dorado y colocarlos detrás de sus orejas rosadas. Pero no se quejaba, pues no era frecuente que el Rey de los Demonios del Viento entrara en el corazón del bosque. Después de la Reina de las Hadas, cuyo hogar saben que estaba en el viejo Burzee, estaba el Rey de los Elfos de la Luz, con sus dos Príncipes, Relámpago y Crepúsculo, a sus espaldas. Nunca iba a ninguna parte sin sus Príncipes, pues eran tan traviosos que no se atrevía a dejarlos vagar solos.

El Príncipe Relámpago llevaba un rayo en la mano derecha y un cuerno de pólvora en la izquierda, y sus ojos brillantes vagaban constantemente a su alrededor, como si ansiara utilizar sus destellos cegadores. El Príncipe Crepúsculo sostenía un gran apagador en una mano y una gran capa negra en la otra, y es bien sabido que, a menos que Crepúsculo sea vigilado cuidadosamente, los apagadores o la capa arrojarán todo a la oscuridad, y la Oscuridad es el mayor enemigo que tiene el Rey de los Elfos de la Luz.

Pero en el centro del círculo se sentaban otros tres que poseían poderes tan grandes que todos los Reyes y Reinas les mostraban reverencia.

Estos eran Ak, el Maestro de los Bosques del Mundo, que gobierna los bosques y los huertos y las arboledas; Kern, el Maestro de los Agricultores del Mundo, que

gobierna los campos de cereales y los prados y los jardines; y Bo, el Maestro de los Marineros del Mundo, que gobierna los mares y todas las embarcaciones que flotan en ellos. Y todos los demás inmortales están más o menos sujetos a estos tres.

Cuando todos se hubieron reunido, el Maestro de los Bosques del Mundo se levantó para dirigirse a ellos, ya que él mismo los había convocado al consejo.

Con gran claridad les contó la historia de Claus, comenzando por el momento en que, siendo un bebé, había sido adoptado como hijo del Bosque; siguiendo por su naturaleza noble y generosa y sus esfuerzos de toda la vida por hacer felices a los niños.

—Y ahora —dijo Ak—, cuando se había ganado el amor de todo el mundo, el Espíritu de la Muerte lo acecha. De todos los hombres que han habitado la tierra, ninguno merece tanto la inmortalidad, pues una vida así no puede perderse mientras haya hijos de la humanidad que lo extrañen y se lamenten por su pérdida. Nosotros, los inmortales, somos los servidores del mundo, y para servir al mundo se nos permitió en el Comienzo, existir. Pero, ¿cuál de nosotros es más digno de la inmortalidad que este hombre Claus, que tan dulcemente se ocupa de los más pequeños?

Hizo una pausa y miró alrededor del círculo, para descubrir que todos los inmortales lo escuchaban con entusiasmo y asentían con la cabeza. Finalmente, el Rey de los Demonios del Viento, que había estado silbando suavemente para sí mismo, gritó:

—¿Cuál es tu deseo, Ak?

—Conceder a Claus el Manto de la Inmortalidad —dijo Ak con valentía.

Esta demanda era totalmente inesperada; esto se notó, pues los inmortales se levantaron de un salto y se miraron unos a otros consternados, y luego a Ak con asombro. Se trataba de un asunto grave, la entrega del Manto de la Inmortalidad.

La Reina de los Espíritus del Agua habló en voz baja y clara, y las palabras sonaron como gotas de lluvia que salpican el cristal de una ventana.

—En todo el mundo sólo hay un Manto de la Inmortalidad —dijo.

El Rey de los Duendes del Sonido añadió:

—Ha existido desde el Comienzo, y ningún mortal se ha atrevido a reclamarlo.

Y el Maestro de los Marineros del Mundo se levantó y estiro sus miembros, diciendo:

—Sólo con el voto de todos los inmortales puede otorgarse a un mortal.

—Todo eso lo sé —respondió Ak en voz baja—. Pero el Manto existe, y si fue creado, como dicen, en el Comienzo, fue porque el Maestro Supremo sabía que algún día sería necesario. Hasta ahora ningún mortal lo ha merecido, pero ¿quién de ustedes se atreve a negar que el buen Claus lo merece? ¿No votarán todos para concedérselo?

Permanecieron en silencio, mirándose unos a otros interrogantes.

—¿De qué sirve el Manto de la Inmortalidad si no se usa? —preguntó Ak—. ¿De qué nos serviría a cualquiera

de nosotros dejar que permanezca en su solitario santuario por los siglos de los siglos?

—¡Suficiente! —gritó el Rey de los Gnomos bruscamente—. Votaremos sobre el asunto, sí o no. Por mi parte, ¡yo digo que sí!

—¡Y yo! —dijo la Reina de las Hadas, con prontitud, y Ak la recompensó con una sonrisa.

—Mi gente de Burzee me ha dicho que han aprendido a quererlo; por lo tanto, voto por darle a Claus el Manto —dijo el Rey de los Ryls.

—Él ya es camarada de los Knooks —anunció el anciano Rey de aquella banda—. ¡Démosle la inmortalidad!

—¡Que la tenga, que la tenga! —suspiró el Rey de los Demonios del Viento.

—¿Por qué no? —preguntó el Rey de los Duendes del Sueño—. Él nunca perturba los sueños que mi pueblo permite a la humanidad. ¡Que el buen Claus sea inmortal!

—Yo no me opongo —dijo el Rey de los Duendes del Sonido.

—Yo tampoco —murmuró la Reina de los Espíritus del Agua.

—Si Claus no recibe el Manto está claro que nadie más podrá reclamarlo jamás —remarcó el Rey de los Elfos de la Luz—, así que acabemos con el asunto para siempre.

—Las Ninfas del Bosque fueron las primeras en adoptarlo —dijo la Reina Zurline—. Por supuesto, votaré para que sea inmortal.

Ak se volvió hacia el Maestro de los Agricultores del Mundo, que levantó el brazo y dijo:

—¡Sí!

Y el Maestro de los Marineros del Mundo hizo lo mismo, tras lo cual Ak, con los ojos brillantes y el rostro sonriente, gritó:

—¡Les doy las gracias, compañeros inmortales! Porque todos han votado "sí", y así nuestro querido Claus recibirá el único Manto de la Inmortalidad que está en nuestro poder otorgar.

—Traigámoslo de inmediato —dijo el Rey Sueño, Fay—; tengo prisa.

Asintieron con una reverencia, y al instante el claro del Bosque quedó desierto. Pero en un lugar a medio camino entre la tierra y el cielo estaba suspendida una reluciente cripta de oro y platino, resplandeciente con las suaves luces que desprendían las facetas de incontables gemas. Dentro de una alta cúpula colgaba el precioso Manto de la Inmortalidad, y cada inmortal puso una mano sobre el dobladillo de la espléndida Túnica y dijo, como con una sola voz:

—¡Concedemos este Manto a Claus, llamado el Santo Patrón de los Niños!

Al oír esto, el Manto se desprendió de su elevada cripta y lo llevaron a la casa del Valle de la Risa.

El Espíritu de la Muerte estaba agazapado junto a la cama de Claus, y cuando los inmortales se acercaron, se levantó de un salto y los hizo retroceder con un gesto de enfado. Pero cuando sus ojos se posaron en el Manto que llevaban, se encogió con un gemido de decepción y abandonó la casa para siempre.

Suave y silenciosamente, grupo de inmortales dejó caer sobre Claus el precioso Manto, que se cerró sobre él, se hundió en los contornos de su cuerpo y desapareció de su vista. Se convirtió en parte de su ser, y ni mortales ni inmortales podrían arrebatárselo jamás.

Entonces, los Reyes y Reinas que habían llevado a cabo esta gran hazaña se dispersaron hacia sus hogares, y todos se sintieron satisfechos de haber añadido otro inmortal a su pandilla.

Y Claus seguía durmiendo, con la sangre roja de la vida eterna corriendo velozmente por sus venas; y en su frente había una gotita de agua que había caído del vestido siempre derretido de la Reina de los Espíritus del Agua, y sobre sus labios flotaba un tierno beso que le había dejado la dulce Ninfa Necile. Ella había entrado cuando los demás se habían ido para contemplar embelesada la forma inmortal de su hijo adoptivo.